

La calle para el jueves 29 de octubre de 2009  
Diario de un espectador  
Ateneo centenario  
por miguel ángel granados chapa

Como parte de los festejos del centenario de la Revolución mexicana debió recordarse que ayer se cumplió un siglo de la creación del Ateneo de la Juventud, un club de intelectuales y artistas de edad temprana que, según es criterio historiográfico establecido, contribuyó con las ideas a dismantelar el régimen porfiriano tanto como las balas que en cruentas guerras lo sustituyeron por el surgido de la Constitución de 1917.

El 28 de octubre de 1909, en efecto, ocurrió la primera sesión del Ateneo, fundado por Antonio Caso, un sabio ya a los veinticinco años de edad, y ya convertido en líder espiritual de su propia generación, como lo sería de otras al correr de los años. El Ateneo tuvo un antecedente en la Sociedad de Conferencias, que comenzó sus tareas en mayo de 1907. En el primer ciclo, Caso disertó sobre “La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno”. Al año siguiente, en la segunda ronda de conferencias, el joven filósofo habló de Max Stirner, autor de *El único y su propiedad*, suma de un credo anarquista individualista. Entre junio y agosto de 1909 se efectuó la tercera serie de charlas. De las siete que dio sobre el positivismo, al que tundió intelectualmente dejando sin sustento ideológico al porfirismo, Caso emergió como líder juvenil y en esa condición promovió “el nacimiento de una asociación no escolar e independiente del gobierno, un ateneo de la juventud. Comunicó la idea a sus ‘íntimos’, Rafael López, Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes y (Pedro) Henríquez Ureña, quienes se encargaron de invitar a los posibles miembros de la futura sociedad”.

Este párrafo, y los que siguen, aparecen en el libro *Nosotros. La juventud en el Ateneo de México*, de la doctora Susana Quintanilla, quien relata:

“La cita era el 28 de octubre de 1909 en el salón de actos de la Escuela nacional de jurisprudencia, un sitio incómodo pero céntrico, en la esquina de san Ildefonso y el Relox”. Como si ese momento, que sería trascendental, fuera parte de su vida cotidiana, algunos de los ateneístas vivían sus días normalmente. Henríquez Ureña, por ejemplo, relata en su diario “que se estaba preparando para ir a la reunión cuando Reyes lo llamó por teléfono para informarle que su padre se iría pronto al exterior, probablemente a Francia y que él, Alfonso, alcanzaría a su familia en las vacaciones. Impactado por esta noticia, Pedro escribió sus impresiones sobre la muerte de Hipólito Olea, fallecido el día anterior”.

La doctora Quintanilla, integrante del Departamento de investigación educativa del Centro de investigación y estudios avanzados (Cinvestav), del Politécnico Nacional, establece los términos de lo ocurrido hace una centuria:

“(José María) Lozano y Nemesio García Naranjo no asistieron a la sesión fundacional del Ateneo de la Juventud debido a que estaban en el sepelio de Olea. Llegaron, además de los cinco firmantes de la convocatoria, Ignacio Bravo Betancourt, Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Juan Palacios, José

Vasconcelos, Genaro Fernández McGregor, Eduardo Pallares, Emilio Valenzuela, Alfonso Cravioto y Guillermo Novoa. De la lista de invitados faltaron, además de Lozano y García Naranjo, Ricardo Gómez Robelo, que vivía en Chilpancingo; Marcelino Dávalos, que había ido a Guadalajara al estreno de su última obra, así como Rubén Valenti, Francisco J. César, Enrique Escobar, Carlos barajas, Evaristo Araiza, Abel C. Salazar, Roberto Argüelles Bringas, Eduardo Colín y Eduardo Xicoy.

“Caso inició la sesión con un discurso improvisado acerca de los propósitos de fundar un ateneo y los fines intelectuales característicos de una asociación de este género. Después propuso que se eligiera una comisión encargada de formular los estatutos...”